

silla de pista

NOTAS SOBRE EL PAISAJE

Fue a Ortega y Gasset a quien un mulero de Sigüenza que le sirvió de guía en sus andaduras por tierras de Guadalajara, un tal Rodríguez, le decía: «Don José, el país es un rosal». Yo siempre recuerdo esta frase del mulero seguntino cuando voy de viaje por España. Bajo la zarzuelera expresión se esconde una verdad. La increíble belleza de los paisajes españoles, o mejor diríamos, de los paisajes ibéricos, porque desde el punto de vista paisajístico, España y Portugal forman un todo unido. La Península es un verdadero continente y ofrece una variedad de paisaje ciertamente superior a la de la mayoría de las naciones de la Europa occidental, una variedad que, en mayor escala, encontraríamos solamente en Rusia o en los Estados Unidos. Es el contraste entre las elevadas cadenas de montañas y los grandes páramos y desiertos, entre las soleadas costas mediterráneas y las brumosas del Atlántico y del Cantábrico, lo que caracteriza el paisaje peninsular y le da su especial carácter. Uno puede, por ejemplo, en pocos kilómetros, desde el borde del mar Cantábrico, cruzar los Picos de Europa por profundos desfiladeros y salir a la majestuosa y sedienta llanura de la Tierra de Campos. O pasar en corto viaje desde los frondosos valles pirenaicos a los calcinados desiertos aragoneses. O bien, desde la campiña cordobesa, cruzar la áspera y enlutada Sierra Morena y salir en seguida a la interminable llanura de la Mancha.

Y el caso es que, a pesar de la belleza de nuestros paisajes («el país es muy reaccionario, pero muy hermoso», decía un amigo mío con quien he viajado mucho), los españoles no le echamos mucha cuenta, como suele decirse, a la Naturaleza. Ya Gerald Brennan, un inteligente observador de España, comprobaba que los españoles, al revés de lo que sucede con los ingleses, son eminentemente urbanos o ciudadanos. Quizá de todos los habitantes de este país sean los catalanes y los vascos los que tienen mayor vocación excursionista. De los gallegos se asegura que viven inmersos y sumergidos en la Naturaleza. Pero, en general, y aunque quizá se esté produciendo un cambio en esta materia, los españoles consideran en principio el paisaje como algo secundario.

«Todo esto es paisaje, vamos a lo importante», se oye decir a veces. La gente presume aquí de ser «un hombre del asfalto» y en determinados sectores sociales «ir al campo» no quiere decir salir de excursión, sino trasladarse a la finca que uno tiene en la España latifundista. Un escritor, César González Ruano, interpretando la aversión que sus compatriotas sienten por esa zona que hay que cruzar para ir de una ciudad a otra, decía que «el campo es un sitio lleno de pollos crudos». Un conocido mío con quien viajé algunas veces lo decía de forma más ruda, aunque no menos gráfica. Como el coche en que viajábamos tuviera un amago de avería, exclamó: «A ver si ahora se estropea el coche y nos quedamos tirados en medio del cabrón del campo».

Un hispanista diría quizá que la civilización española, profundamente humanista, se ha preocupado siempre más del hombre que de la Naturaleza. De todos los escritores de nuestra época, el que mayor vocación mostró siempre a salir de la ciudad para reencuentrar la Naturaleza, a despecho de ser un profundo humanista, fue don Miguel de Unamuno. En «Andanzas y visiones españolas» y en «Por tierras de Portugal y España» está el relato de sus viajes a pie y de sus ascensos a las montañas. De don Miguel de Unamuno se cuenta la lección que un día dio a un poeta aparentemente floral y bucólico, Francisco Villaespesa. Paseaban ambos por un jardín y al llegar al borde de un estanque dijo Villaespesa: «¡Qué plantas tan bonitas! ¿Qué son?». Y respondió don Miguel: «Nenúfares, Villaespesa, nenúfares. Esas plantas de las que habla usted tanto en sus poemas».

Habría que escribir un libro para dar noticia siquiera de la inmensa variedad y belleza de los paisajes españoles. Sucede que existen unos patrones o modelos que acreditan un paisaje como bello. Se tiene del paisaje una concepción de «postal». Es bonito todo lo que se parezca a lo que sale en las postales y feo lo restante. En materia de montaña, el ideal establecido es el paisaje alpino de Suiza. Se habla de «la Suiza española» para designar los picos de Ur-

bión, o de «la Suiza catalana» para referirse a ciertas regiones del Pirineo. Sin embargo, la forma de los montes pirenaicos es totalmente distinta de las de los Alpes, y el pino de Balsain, que cubre los montes de Urbión da a la serranía un color radicalmente distinto al de los sombríos bosques alpinos. Entre nosotros, el modelo suizo, que es indudablemente de una gran belleza, es lo que está acreditado como paisaje montañoso. A nadie se le ocurriría hacer una postal de los desolados montes que separan Extremadura de Salamanca, los montes pelados y redondos de las Batuecas, que son sin embargo de una gran belleza, o las agrias montañas de Sierra Morena, cubiertas de jara y encinares. Todo el mundo está de acuerdo en afirmar que es bellísimo el paisaje de la Galicia interior, que en el mes de mayo aparece cubierto del amarillo espino. Pero no se reconoce la belleza de los desiertos de Aragón, y sólo los «entendidos» saben paladear la de la Mancha, la de las altiplanicies sorianas, la del valle del Henares en Guadalajara, la de la bravía región del Priorato en Cataluña. En materia de costas están totalmente acreditadas las Rías gallegas, la Costa Brava y algunas regiones cantábricas. Sin embargo, la arenosa costa de Alicante, al menos en los lugares menos urbanizados, es también de una impresionante grandiosidad y belleza. Decía una vez alguien: «A mí me gustan todos los paisajes», y es cierto que no hay motivo para comparar los unos con otros. Y no se trata sólo del paisaje que podríamos llamar «natural». Ningún paisaje lo es del todo. Hay paisajes totalmente «construidos» por la mano del hombre. Recordaré tres de los más bellos que pueden encontrarse en España: el del campo de Tarragona, donde dominan los avellanos, los algarrobos y los almendros; el de los viñedos de la «roja y feliz Rioja» de que hablaba Esteban Manuel de Villegas, y finalmente el de los olivares de Jaén, para mi gusto, quizá el más admirable de todos. Más allá de los lugares denominados turísticos, más allá de los carteles de «vista panorámica» o «ruta pintoresca» hay innumerables paisajes de asombrosa belleza y variedad que no va a ver prácticamente nadie. ■ LUIS CARANDELL.



La Maliciosa, en la sierra de Guadarrama.